

TOMO I

## ATHENEA

N.º 13

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Toda correspondencia relativa a ATHENEA  
debe dirigirse al apartado 572

## El Regreso

La tierra ofrece el ósculo de un saludo paterno...  
pasta un mulo la hierba misera del camino,  
y la montaña luce, al tardo sol de invierno,  
como una vieja aldeana, su delantal de lino.

Un cielo bondadoso y un cefirillo tierno...  
la zagala descansa de codos bajo el pino,  
y densos los ganados, con paso paulatino,  
acuden a la música sacerdotal del cuerno.

Trayendo sobre el hombro leña para la cena,  
el pastor, cuya ausencia no dura más de un día,  
camina lentamente rumbo de la alquería.

Al verlo la familia le dá la enohorabuena...  
mientras el perro, en ímpetus de lealtad amena,  
describe coleando círculos de alegría.

J. Herrera Reissig

Extraño y genial poeta uruguayo que dejó al morir, en 1909, un valioso acervo poético que lo alza hasta las más altas cumbres de la literatura moderna.

## París

(Para Athenea, traducción de Alejandro Alvarado Quiros)

Las personas enamoradas de París habrán contemplado a su querida capital en aspectos muy pintorescos desde que estalló la guerra, y los que tienen por ella el verdadero cariño encuentran hoy razones más hondas para justificar su culto. París sufre y nunca se nos ha mostrado más interesante. París se adapta a su nueva situación y tiene la dignidad atrayente, un tanto melancólica, de las grandes jornadas de setiembre de 1914.



UN PAJARO DE FRANCIA....  
El aviador Boyau en su aparato

Ya no hay congestión, se ausentaron las gentes ociosas, desaparecieron los libertinos y los *parvenus*, todos los parásitos desertaron de una ciudad que no les podía ofrecer sus placeres acostumbrados. Asaltaron las estaciones, tomaron los trenes de golpe y, apiñados en los carros, en hileras en los pasadizos del vagón o sentados en las gradas de las portezuelas, saborearon el

placer de la evasión... París no estaba de fiesta, y a la inversa, no dejaba de ofrecer algunos peligros. Sonaba, pues la hora de la fuga.

Ah! qué bien hicieron, en verdad, y cómo París nos emociona sin esas gentes, el verdadero París, nuestro París, el que lleva en su cauda luminosa toda el alma de Francia!

Ya no tropieza uno con autos insolentes que ensordecen y amenazan al paseante; los que marchan a pie pueden caminar a la ventura, lentamente, y gozar a sus anchas del espectáculo encantador de estas largas avenidas, de estos muelles tranquilos poblados de árboles cuyas yemas revientan bajo el sol; en el Sena, se deslizan silenciosamente los vaporcitos, las sirenas estridentes se reservan para otros fines... y la luz, esa luz indefinible que es una de las seducciones de París, baña con una gracia discreta nuestros viejos y queridos monumentos.

Además una poesía nueva flota entre sus muros. París, la ciudad feliz, de mil seducciones frívolas, París, orgullo de Francia y objeto de universal emulación, está hoy herido por la desgracia; la ciudad radiosa recibe cotidianamente los tiros del enemigo y soporta la mácula de sus atentados. París sube al Calvario y encuentra su Gólgota, puesto que a la misma hora en que Cristo, clavado en la cruz, moría por salvar a los hombres, una iglesia alcanzada por una bomba se desploma y sepulta bajo los escombros a multitud de víctimas inocentes. Fué como un doloroso símbolo: Dios quiso recordar a Francia que combate por un ideal, el drama de la pasión, el oprobio de los filistinos y la promesa de la gran resurrección.

Ah! qué admirable el gesto de París en su tranquilidad silenciosa! Por la noche se cierran los establecimientos, se apagan las luces, una transparencia azul eubre el crepúsculo y jamás se han visto brillar tantas estrellas como ahora en el cielo de París; se las distingue sin esfuerzo, los focos eléctricos no las

hacen palidecer y se diría que prodigan sus suaves claridades sobre la ciudad dormida.... Los parisienses las contemplan y su emoción aumenta al saber que es en ese cielo sin nubes, hoy habitado, donde circulan los pájaros de Francia en todas direcciones, reconfortando a todos los que escuchan el ruido de sus alas.

Ellos son los protectores de París. Tengan confianza, exclaman enronquecidos todos sus hélices, desde aquí veíamos nosotros. Esta noche tal vez vamos a ofrendar nuestra vida para defender la gran ciudad; y las luces de susa viones, parecidas a la de los astros, vuelan en la noche como presagio venturoso!

He aquí que de pronto se oye el gemido lúgubre, estridente de las sirenas, los cañones retumban, el cielo se estremece, los petardos surcan el espacio, los estallidos se suceden—escenas terribles y admirables—, porque mientras que nosotros con derecho buscamos un refugio, ellos en lo alto se lanzan sobre los monstruos, los persiguen, acosan a los gothas, van y vienen con maniobras endiabladas. Pan, pan, los obuses llueven, el combate en las tinieblas rojizas se continúa homérico y sublime, disparan aún, disparan siempre, los cañones se responden de Este a Oeste, de Norte a Sur: pareciera que la tierra se desploma y los guardianes del espacio, prosiguiendo su heroica misión, cantan con sus instrumentos de fuego: no, no, vosotros no podréis tomar París!...

A la mañana siguiente, la ciudad, como si nada patético hubiera sucedido, despiértase sonriente. Se impone entonces el paseo matinal frente a esos preciosos monumentos, nuestros tesoros, todo lo que nos es grato y que ha quedado intacto. Buenos días, plaza incomparable, maravilla del mundo, que nunca nos has parecido más armoniosa y cuyo nombre un tanto irónico es Concordia! Buenos días, Louvre de nuestros Reyes y templo de nuestros museos... Buenos días, delicioso Palacio de la Legión de Honor, que encierras preciosos archivos y que tanto te guardas para después de la guerra. Buenos días, malecones atrayentes, que conocéis tantas bellas historias pasadas y que encajonáis al

Sena, nuestro río de amplios pliegues argentados. Buenos días, torres de Nuestra Señora! Quizás no esperabais vosotras oír repiques por la huida de los gothas, no imaginabais acaso que vuestras voces graves se mezclaran un día por encima de todos los campanarios de la ciudad, a los clamores de bronce de la Basilica de Montmartre! Salud palacios, catedrales, pequeñas iglesias modestas, hoteles suntuosos y casas de risueño aspecto, que integráis al incomparable, al adorado París. Salud para todo lo que no ha podido ser dañado y que volvemos a encontrar de pie con emoción devota...

Para custodiar esas maravillas pelean furiosamente nuestros soldados allá lejos, soportan día y noche esa tormenta de que nos llegan por instantes, pálidos reflejos. Viven, mientras nosotros permanecemos inactivos, en la candente hoguera, en asalto, perpetuo y suben en medio del fuego, de la sangre, de la muerte, para salvar a la patria. ¿Seríamos acaso tan indignos para quejarnos de la suerte? ¡No!, el destino de los parisienses es envidiable; comprenden a su vez, como buenos soldados, algo de la gran guerra; siguen las peripecias vibrantes de que depende la salud de Francia, comulgan con recogimiento, en espera del desenlace, con los veteranos que cumplen su épica misión.

Es de día, la luz surge radiante y el aire está impregnado del olor de la primavera. Cómo no estremecerse en la alegría de una mañana de abril. De pronto cae un obús, allá en la lejanía, su golpe sordo no puede asustar a nadie y, sin embargo, es preciso pensar en las víctimas posibles, en los dueños sembrados a su paso, en los corazones destrozados por la explosión.

Luego, otro silba y desgarrar el aire al estallar. Ah!, éste si nos toca de cerca, las gentes corren hacia la próxima esquina, se puede distinguir humo y polvo. Llega un carro de ambulancia con vertiginosa rapidez, los vecinos acuden, se apresuran, hablan a un mismo tiempo, discuten sobre la cifra de los heridos, admiran la casa que está incólume, es un tumulto ensordecedor y resulta a la postre que nadie sabía na-

da con exactitud y que el daño no fué tan grave.

París, ciudad de guerra, vivirá como recuerdo inolvidable en el corazón de los que le han permanecido fieles. París ejecuta su deber sencillamente, casi alegremente; los *gaeroches* no olvidan su espiritualidad, las mujeres se conservan lindas y risueñas y la ciudad, por tener

siempre esperanza, por guardar intacta su fe, es inalterablemente hermosa y tranquila; cuenta con los jefes a quienes incumbe responsabilidad inmensa, cuenta también con los *poilus* que conquistaron ya la inmortalidad imperecedera y París, nuestro bello París reflexivo, presente y espera confiado la victoria.

Jvonne Sarcey

## Benvenuto Cellini

Había en otro tiempo en Florencia un poeta que hacía epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven aún en los museos de esa ciudad, primera entre las más hermosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini es un canto de poema, si ya no las saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas la flor de los panales del monte Híbla. Los que viajáis por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad a sus puertas: esa roca negra, escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos a pie llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas: en ese museo topáis a cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus dedos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfacción: Citerea, desnudos brazos y piernas, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas; Cupido, pequeñito, gordo, crespo, una banda en los ojos, va, y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer; las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se

están contemplando cada cual su cuerpo como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la inmaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve: el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara a golpes de ciclope y arranca de sus entrañas un profeta vivo, ese cincel sería el martillo de Encélado para el delicado labrador de figurillas celestiales.

JUAN MONTALVO

---

La ley de la naturaleza es la alteración perpetua.

---

Nada puede traerte la paz sino tú mismo.

---

*Athenea se vende solamente en las librerías de Tormo, Trejos y Lúnes.*

---

*Tenemos colecciones completas de Athenea para vender a precio corriente.*

## Don Quijote en Flandes

*Especial para ATHENEA*

El Rey surgió de pronto magnífico y sereno,  
 escrutó friamente la negra inmensidad  
 y oyó como el lejano rodar de un loco trueno,  
 y respiró en las brisas vientos de tempestad.

El Rey—que hubiera sido un dios del ciclo heleno—  
 bajó del aureo trono con noble majestad  
 y, blandiendo la espada y en ira santa lleno,  
 soñó abrirse un camino hacia la eternidad....

Y el Rey se fué creciendo. Ya no cabía en Flandes,  
 y desde los más altos picachos de los Andes  
 se veía entre llamas su figura inmortal.

Y bajo el dombo impávido de la celeste clámide,  
 con sus escombros, Bélgica formó una gran pirámide  
 para que el Rey insigne tuviese un pedestal.

---

### MADRIGAL

## Tus Ojos

¿El lago?... Nunca! El lago no pudiera  
 competir con tus ojos soñadores;  
 tus ojos tienen sombras y fulgores,  
 son dos lagos al tiempo que una hoguera.

¿El mar?... Tampoco! El mar tiene ribera  
 que se llena de pájaros y flores;  
 y en tus tremendos ojos turbadores  
 se fatiga volando la Quimera.

¿El cielo?... Acaso el cielo, por ser cielo,  
 se atreviera un momento, envanecido,  
 a asomarse a tus ojos con recelo;

y ante tus ojos diáfanos y bellos  
 vería el mismo cielo sorprendido  
 que falta cielo para verse en ellos.

Panamá, 1918.

RICARDO MIRÓ

# Valores Literarios

XIII

## José Fabio Garnier

Volvemos hoy a escribir acerca de nuestros hombres de letras, a pesar de que más de un motivo hubiera bastado para que dejáramos la labor que emprendimos con tan buen ánimo. Y es que no siempre se está en condiciones de armonía con el medio; las ideas de los hombres difieren en cuanto se trata de un juicio, pues la diferencia entre ellos radica en la manera de asociar las ideas.

Pero nuevamente prescindimos del prejuicio de unos y cumplimos con nuestro deseo de comentar la obra nacional.

Ayer Brenes Mesén, García Monge, Carmen Lira, Alvarado Quirós, Tovar, y hoy José Fabio Garnier, que es para nosotros un noble y entusiasta espíritu. Luego diremos de la profunda labor de Omar Dengo, de la sutil de Soler, de la vigorosa de Cardona, de la ecléctica de Albertazzi, de la multiforme de Martínez, de la generosa de Dobles Segreda, de la cálida de Billo, de la parnasiana de Facio, de la espiritual de Octavio Jiménez, de Alfaro Cooper, de Gagini, de Villalobos, en fin, de toda esta generación preocupada y anhelante que da honor a Costa Rica y sobresale visiblemente en Centro América.

No hacemos una catalogación, escribimos los nombres solamente. Cuando hay, como en nuestro país, una pléyade de escritores y poetas tan brillante, no es posible designar lugares y más bien rehuimos intentarlo. Además, hace-

mos el comentario ligero de una obra, no por dar mayor o menor lucidez a ella, sino por tratar de hacer más conocida la literatura patria. Ya dijimos una vez que no nos conocemos y que muy poco nos conocen afuera; a eso tiende, pues, nuestra labor modesta.

José Fabio Garnier sintió desde muy pronto que el arte es la necesidad de crear, y crea como pocos, con un gran entusiasmo y con un gran cariño en la obra. Entre nosotros es Garnier uno de los escritores más fecundos: tiene *La Esclava*, *La Primera Sonrisa*, *Perfume de Belleza*, *Parábolas*, *La Vida Inútil*, etc.

Estos libros son una trayectoria de perfección, pues en cada uno viene el autor con un renuevo de ideal y deja en él la gradación progresiva que requiere toda obra para el triunfo. Tal vez excluiríamos su labor primigenia, que por serlo, es débil; y de la última tomaríamos sin escrúpulo, para exaltarlo, ese libro de las *Parábolas* que tiene páginas de verdadero valor. Entre ellas sin duda son notables el *Apólogo de los Fantoches* y el de *Las Aguas*. Hablar de la intención filosófica que tienen esas páginas sería ocioso. Se anima en ellas una sencilla y franca sugestión irónica y el autor pone en boca de los muñecos toda una serie de teorías. Mas, será preferible que no os hable de ellos y que gustéis a vuestro sabor el apólogo. Oid:

### «Apólogo de los fantoches»

Anoche mi niña jugaba con una preciosa muñeca que le había regalado una buena amiga de casa. En un momento de descuido o, talvez, en un instante en que el sueño se apoderó de ella, la muñeca se deslizó de sus manos, cayendo al suelo, endonde produjo un

hijo suyo que se ha hecho daño.

—No sufras,—le dije,—es de madera, por lo tanto no ha sentido el golpe.

Momentos después mi hija dormía y la muñeca, que aun permanecía con los ojos abiertos, apesar de ser de esas que bajan los párpados al ser colocadas en posición horizontal, me miraba con una mirada severa, mientras por sus labios



JOSÉ FABIO GARNIER

sonido seco. Mi niña entreabrió los ojos, miró su muñeca extendida en el pavimento y dijo con acento saturado de tristeza:

—Pobrecita, se ha golpeado mucho.— La levantó y, acariciándola, tuvo frases de intensa ternura, como las que emplean las madrecitas para consolar a un

vagaba una sonrisa que bien podría ser de desdén y que también podría ser de compasión.

—¿Por qué me miras así?—me pregunté.—¿Será que ya está descompuesto el mecanismo para cerrar los ojos?

La tomé con la derecha, pero la muñeca se opuso a que la examinara. Se

volvió de pronto hacia un polichinela que, acostado en el lecho, no dormía tampoco, debido a que no tenía facilidad alguna para cerrar los ojos como su compañera.

—Polichinela—le dijo—ya sabes, nosotros no somos capaces de sentir dolor alguno cuando caemos al suelo.

—¿Y por qué?—preguntó el alegre muñeco, incorporándose con dificultad en el lecho.

—Porque no tenéis vida—le contesté yo, algo extrañado.—Porque vosotros sois de madera, de madera rada más.

—¿Y vosotros de qué estáis formados?—interrumpió con altanería la muñequita.—Nosotros no tenemos vida, vosotros sí; esa es la única explicación que dais?

—¿Y qué es la vida?—agregó el polichinela con su sonrisa eterna.

—Ni vosotros mismos lo sabéis,—dijo la muñeca.—Según vuestros primeros hombres sabios, la vida se debe a una fuerza inteligente que llamaron alma, ¿verdad?

—Eso dijeron ellos, los animistas, pero ya no se les cree ni esto—repuso el polichinela, poniéndose la uña del pulgar entre sus dientecitos, apenas visibles.

—Tienes razón—le contestó su compañera—la vida es un conjunto de fuerzas que resisten a la muerte.

—Brillante definición. No había de ser un hombre quien la debía enunciar. Nuestros filósofos, porque, aunque te extraña, entre los polichinelas hay muchos filósofos, habrían dado una definición menos perogrullesca. También los muñecos vivimos, puesto que en nosotros se ejerce un conjunto de fuerzas que resisten a la muerte, que para nosotros, como para vosotros, es la destrucción de la materia de que estamos formados.

La muñequita, contoneándose y con un acento de ironía mal reprimida agregó:—Todo ser vivo ha sido creado para vivir en un ambiente determinado y de manera dada, como si tuviese una misión particular que llevar a efecto.

—Tienes razón—le contesté—eso afirman algunos hombres. La finalidad consiste en una adaptación de todos los seres a un plan general del universo, a una concordancia armónica universal.

—Cuántas palabras, amigo mío—repu-

so el maldito polichinela—¿Crees que nosotros no tenemos una misión particular que llevar a efecto, como dices tener tú y todos tus semejantes? Pregúntale a tu chiquitina, a quien tanto adoramos, y oirás que también nuestra pobre humanidad de muñecos está adaptada a un plan general del universo, a eso que tú con tanta ramplonería llamas concordancia armónica universal.

—No, polichinela mío—dijo la muñeca—nuestro interlocutor te contestaría como, contestan los metafísicos, que no es una concordancia armónica en el universo sino una concordancia armónica también en el ser mismo, en su constitución, en su estructura, en sus funciones individuales y no en la adaptación recíproca de todos los seres, u. o. s. en relación con los otros. Ves—dijo mirándome con sorna—ves cómo conozco las charlas que bajo el nombre de filosofía hacéis vosotros los hombres.

—Esa es la finalidad interna, amiga mía—le contesté con orgullo para que viese que yo también conocía todas esas teorías.

—Finalidad que no dice nada—repliqué el polichinela, a quien no convencía ningún argumento—puesto que también en nosotros, en nuestro mundo interno, cada una de las piezas de que estamos formados guarda una relación íntima, fundamental, con las demás.

—La vida es la utilización de los elementos que le da la materia—afirmé yo—la vida coordena estos elementos materiales y los organiza, dándoles una dirección particular.

—¿Y qué más?—preguntaron con sorna ambos fantoches.

—¿Qué más?—dije un poco molesto—La vida es...

—La vida es la vida, ¿verdad? Para vosotros es vida lo que se parece a lo vuestro, es muerte lo que se presenta diverso de vuestra vida: la luna es un mundo muerto; lo que no vive en la misma forma en que vivís vosotros, eso es muerte; por eso nos llamáis seres inanimados sin meditar, un instante siquiera que son inmensas vuestras pretensiones al querer definir lo que no es vida, cuando no sabéis a ciencia cierta lo que es la vida tal como la viven los hombres. También nosotros tenemos vi-



da; según lo dijo un poeta, y advierte que de eso saben más los poetas que todos los hombres juntos: la vida es un sueño.

Dijo el polichinela y se echó de espaldas en la cama, disponiéndose a continuar su sueño eterno, cosa que imitó en el acto su compañera, la muñeca de ojos móviles.

\* \* \*

Pero Garnier no es sólo un escritor empeñoso, es un crítico sagaz, un cronista oportuno y, sobre todo, un comediógrafo de los que más han hecho por el teatro en Costa Rica. Para la escena tiene escrito *La Última Cena, Nada!, El Retorno, A la Sombra del Amor, Pasa el Ideal!* y *La Sombra de la Hermana*.

No queremos ahora detenernos en cada una de estas obras, porque nos limita la revista a una breve nota.

Además, Garnier tiene la virtud ex-

traña de vivir su arte: se aísla, desentra su interés de lo que puede traerle un desabor y piensa solamente en la bondad del trabajo constante, en el provecho del estudio y prodiga su amistad y su saber a cuantos estén cerca de él. Garnier sabe con aquel maestro sublime del Norte, que el progreso de la inteligencia consiste en la más clara visión de las causas y prescinde, hasta donde es posible, de las diferencias superficiales.

Dichoso espíritu el suyo que tan generosamente vive al amparo amable de su hogar, sin odios, sin vanas preocupaciones, atento a todo movimiento de cultura, sediento de perfección como un anacoreta, inclinando el alma hacia las cosas para oír la suprema armonía de la vida.

EUGENIO DE TRIANA

Junio, 1918.

## Nota gráfica de la guerra



Un «As».—El teniente Madou listo para montar en su aparato.

## La Nidada

Del libro inédito *Para niños y viejos*

¿Habrá alguien en el mundo que se haya privado del placer de observar una gallina rodeada de sus pollitos? Quien recuerde el espectáculo cuando los pollitos tienen dos o tres días de edad, imagineme en tal observación con mis hijos y con todo el personal de la casa. La hacendosa e incomparable mamá nos enseñaba en cierto día una gallina con catorce pollitos. Ay, ¡que lindos!, exclaman todos: vea ese con pintitas blancas! Ay, este tan negrito! Este se parece muchísimo a la pollita que trajeron de Limón! No los toquen porque los pica la gallina, grita el mayor de los muchachos con aires de mando y jefatura. Y la gallina, llena de orgullo de que la vean con tantos hijos, se pavonea y se aleja por el patio, buscando en cada pedazo de tierra algún gusanillo para entregarlo a la rapacidad de sus hijos; nada quiere para ella, todo para sus pollitos.

Quizás a nosotros los mayores ese espectáculo de la gallina con sus polluelos nos afian-

ce mucho en nuestro espíritu y, por lo mismo, la impresión se nos borra y desaparece pronto; pero en los niños la impresión dura por muchos días. Digo esto, porque cuando nos sentamos a la mesa, enseguida de haber visto la gallina con los pollos, en ella no se habló de otra cosa. Cada uno de los cinco hijos tuvo alguna observación que hacer. Antonio dijo que cuando los pollos llegan a grandes, se peleaban hasta con la mamá; Luisito dijo que lo bonito sería que nadie matara los pollitos sino que los

dejaran hasta que hubiera cien mil; Lucita dijo: la gallina es muy linda porque adormece a sus chiquitos; Vicentito, el bebé, neciaba diciendo, *yo quello uno, yo quello uno*, y tanto lo dijo y tanto gritó que tuvo la sirvienta que llevarse al gallinero para procurar complacerlo en su deseo. Todos hablamos del mismo asunto, por mucho y sobre distintos aspectos de la cuestión; mas de pronto observé que sólo Pinpin, el que está en medio de mi nidada dicha, no había pronunciado una pala-

bra sobre el particular, no obstante que él estuvo presente y había visto y contado cada uno de los pollitos. ¿Sería posible, pensaba yo, que a él, que todo le impresiona, no le haya impresionado el espectáculo de la gallina con sus catorce pollitos? No dejó de quitarme algún rato de sueño esta observación.

A la mañana siguiente, cuando Pinpin vino como de costumbre a mi cuarto, a que le abrochiera sus tirantes y le hiciera entrar el zapato de-

recho, que siempre se le resiste, según su propio decir, lo puse de pie sobre la cama y le dije:—Hombre, Pinpin, anoche no dijiste nada de la gallina ni de los pollitos.

—No dije nada, pero estaba pensando.

—Ah, caramba! No te conocía esa nueva gracia. Con que ya tú piensas.

—Todos pensamos, todos. Los chiquitos, los hombres, los gatos, la vaca, la cabrita, las gallinas, todos todos, hasta Ud.

—Bueno, dame un beso y me dices en qué estabas pensando.

De nada me sirvió el beso: Pinpin

### Tus cuentos a Pin-pin...<sup>(\*)</sup>

¡Es una bendición tu libro! Lo abro por la primera página y encuentro su dulce sencillez, con la que labro la flor de auroras que coloco dentro!

¡Ágil estilo! Se dijese un cabro que salva del peñasco el desencuentro con la senda, que burla el descalabro y airoso bulle sin perder su centro!

¡Qué libro tan hermoso! Rie al niño y al anciano! Destácase el cariño del tronco que resguarda su retoño.

Acoge sin reserva mi alabanza! tus cuentos a Pin-pin, a Luis y a Tono, son páginas de amor y de esperanza!

AGUSTÍN LUJÁN

(\*) Soneto-prólogo para el libro del Lic. don Luis Cruz Mexa, titulado *Cuentos a Pin-pin...*, cuyos originales llevó consigo nuestro Cónsul en París, Lic. don Ernesto Martín, a fin de hacerle imprimir en la lujosa capital.

salió corriendo y no me hizo caso, y yo me he quedado dándole vueltas al caltre, queriendo averiguar en qué estaría pensando ese chiquillo travieso. Quizá sería sobre lo que dijeron sus hermanos, lo injustos que son los pollitos si, cuando están grandes, se pelean con su mamá, que se desvive por ellos, y lo injustos que son los hombres, que matan los pollos para deleite de sus apetitos! ¡Cuántos millones de pollitos habría en el mundo si no sirvieran para comer! A mi, que también pienso como Pinpín, se me ocurrió, mientras veíamos los pollos, comparar las dos nidadas, la de la gallina y la de mi hogar, y me sentí dichoso y muy feliz viendo a la acuciosa, incansable mamá rodeada de los suyos, de los que llevan

nuestra sangre, por quienes nos desvivimos, picoteando la tierra y el cielo para buscarles sin descanso todo lo que ha de darles satisfacciones y alegrías. Cuentan gentes desocupadas que hay hijos malos, ingratos con sus padres; yo niego rotundamente esto. Eso es sólo invención de los desocupados, y buscando alguien que apoyara mi opinión, corrí a ver a mis hijos; me rodearon los cuatro hombres y la reinita, la Luz de la nidada, y viéndoles sus ojos y sus frentes, quise hacerles la pregunta de si es verdad que hay hijos ingratos con sus padres, y preferí besarlos a todos y no decirles nada. ¡Hay preguntas que por inútiles hacen tanto daño.....!

1917. LUIS CRUZ MEZA

## De Entre los Niños

### El Orden

Pasé frente a una escuela. Por el hueco de la abierta ventana busqué los ojos de los niños. Uno de ellos estaba lloroso; con la cabeza baja, la boca plegada y el ceño arrugado como el de un viejo, oía pacientemente, aunque con algunos movimientos de las piernas, el sermón que decía la maestra sobre el orden. Y pude comprender: aquel muchacho, el día anterior, dejó su cuaderno sobre el pupitre en vez de colocarlo, como lo debió haber hecho, sobre el estantillo destinado para tal uso.

La maestra les decía a los niños que debían ser ordenados, y los niños la oían con atención, pero quién sabe si aquellas palabras servirían de algo. El muchacho al terminar la clase salta, corre, no puede detenerse en arreglar los cuadernos; después de unas horas de inmovilidad necesita, con urgencia, otras de inquietud.

Los adultos sí pueden ser ordenados, pueden serlo cuando el orden sea para ellos un placer, pueden serlo cuando ya tengan el cansancio de los bueyes viejos; pero los niños, que tienen los vigos del becerro joven, no pueden, no deben tener orden, porque la fogosidad no les permite tenerlo. ¿Qué le importa al becerrillo fogoso que el pasto se salga de la canoa, porque él mueve sin cesar el hocico húmedo y rosado; ni qué le importa, que, en sus carreras por el prado, sus patitas aplasten violetas silvestres? ¿Qué les importa a los niños que el cuaderno no quede sobre el estantillo si afuera, en la calle, en la plaza les espera el placer para llenarles los labios de sonrisas y las mejillas de carmines? Y ¿qué le importa eso a la madre que de diez años que le dió, al salir para la escuela, un beso de amor a la muñeca rubia, si esta la espera para que le dé otro beso?

primera casa y vi, tendida de espaldas en el corredor, una muñeca que sonreía. Que siga la maestra exigiéndoles a los niños tener orden!

Si la niña, dueña de la muñeca, no era ordenada: si aquella madre que dejaba su hija de porcelana así, tendida de espaldas en el corredor, por que exigir que los escolares guarden cuidadosamente los cuadernos? Si aquella chiquilla, que quiere a la muñeca con materno amor, no la deja dormir sobre su sedosa cuna, para qué tener cuna y para qué tener, en la escuela, un estantillo para los cuadernos, sobre todo, comprendiendo que las niñas quieren a las muñecas, y que a los cuadernos si los miran con simpatía? Aquellas hijas de porcelana, que nacen sin dolor, pero que, al morir, deshechas en pedazos, sin cabellos y sin ojos, dejan en las pupilas de la madre virgen dos lágrimas temblonas, como presagios de los llantos amargos que caerán sobre el cadáver del hijito muerto; esas muñecas son el encanto de la niñez y, sin embargo, se quedan así, tendidas de espaldas en el corredor, con su sonrisa inagotable entre los labios. Cómo no se quedarán los cuadernos, y los lápices y los borradores y todo si los niños dejan perdido lo que más quieren!

Si la madre y el padre de cada muchacho se pudieran dejar perdidos, habría muchos niños sin madre y sin padre, por más que se quieran, que se adoren. Los niños son así. Nunca los polluelos, al decir del poeta, les llevaron un grano de trigo a los padres presos. Pero no, los padres no se pueden perder, y entonces sucede, nadie me diría que no, que se pierden los hijos.

El orden. Oh! El orden: los niños no pueden aprender eso, como no aprenderán extrometría ni se atreverán, a no ser por travesura, a disparar las ametralladoras del cuartel,

Doblé la esquina, volví los ojos hacia la

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

## Presentimiento

*Enviado para ATHENEA*

Tu amor tiene la gracia serena de las rosas;  
¡tal vez como una rosa de otoño has de partir!  
y cuando te hayas ido, las tardes silenciosas  
qué llenas de recuerdos estarán para mí...

Porque tú bien lo sabes, amor: todas las cosas  
nobles, dulces y diáfanas las halla mi alma en ti:  
que, como espejos mágicos, copian tus amorosas  
pupilas y embellecen, al copiarlo, el vivir.

Cuando la tarde última de nuestro amor descienda,  
cuando el momento llegue de abandonar la senda  
por la que como en sueños vamos de un sueño al fin,

después que el beso último selle la cruel partida,  
te arrancaré de mi alma cual de mortal herida  
se arrancan los vendajes los que quieren morir...

Nueva York—1918.

DIMITRI IVANOVITCH

## Perfiles Goyescos

*Enviado para ATHENEA*

### A Guillermo Valencia

La lumbre de un candil alumbró el aposento,  
y junto al viejo muro, que la luz no refleja,  
sobre un jergón tendida, entre un charco sangriento,  
una virgen anémica lanza un hondo lamento,  
y llamando a la Vida, de su seno se aleja.

Vuelca el cielo en la senda pedacitos de nieve,  
y, al fin, con todos ellos la senda se amortaja;  
mientras que un grupo hurraño con quedo pasoleve,  
que a través de la niebla vacilante se atreve,  
lleva en sus flacos hombros el perfil de una caja.

Junto a un gran mausoleo que a los cielos se eleva  
como en busca de un premio por Jehová prometido,  
fué en el suelo enterrada la hija de la Gleba,  
la del charco de sangre... y el cielo nieva... nieva...  
mientras que *Anarkos* llora con el ojo encendido.

Panamá, 1917.

ENRIQUE GEENZIER

## Poetas Jóvenes de Colombia

## I

Entre los jóvenes cantores de que hablo se destaca, en primera línea, Delio Seravile. Cojo como Byron, basta mirar un instante su hermosa cabeza de felino, sus ojos de un amarillo de ámbar y sus labios gruesos, eternamente plegados por una sonrisa burlona, para comprender que se está en presencia de un poeta. Y qué poeta! Cincelados con religioso fervor, con esmero sapiente, sus versos se parecen a las joyas de Benvenuto Cellini—ese bandido con manos de hada, como lo llamó Paul de Saint Victor—no sólo en los primores de la forma sino en que suelen ocultar más de una gota de veneno mortal, la ponzoña de una infinita desesperanza y de un supremo desencanto. Y es que acaso en el alma de Seravile haya un romántico rezagado. Aunque a veces se halla en sus canciones algo de aquel acerbo sarcasmo que caracteriza la inspiración de Heine, «el ruisenior germano» que hizo su nido en la peluca de Voltaire, no os dejéis engañar por ese sarcasmo: rastread debajo de él y hallaréis, fresca y copiosa, la vena del sentimiento y de la emoción, tanto más profundos cuanto más recónditos. La ironía de Seravile no es la del epicúreo que, a la manera del sonriente Nicías, de la *Tais* de Anatole France, adopta ante la vida la actitud desinteresada del mero espectador que se divierte, ni tampoco la ironía llena de glacial indiferencia y de sobrehumano sardonismo, — propia de quien se halla más allá del bien y del mal — que flota en las curvas emponoñadas y sutiles de los labios de la Gioconda y de otras figuras leonardescas; sino la del hombre que, tras haber deshojado las rosas de su guirnalda juvenil en las copas de todas las orgías y dado muchas veces el corazón por el beso de una boca falaz, esconde su dolor, por un refinamiento lleno de suprema elegancia, bajo la gracia de una sonrisa. Desengañado de la vida y de los hombres, el cantor siente en el alma, empero, la nostalgia de su fe de niño, y le pide al cielo, en aquella plegaria divina que se llama *Hora de paz*, la realización de ese humilde ensueño de serenidad y de castas ternuras que acarician, ya en el otoño de la vida, todos los que han amado y sufrido mucho. Dios mío! A los que son verdaderamente poetas o tenemos algo de poetas nos basta con tan poco para ser felices! Mas oíd esa oración llena de ingenuidad y que parece unguida de rocío matinal:

Tengo alzado mi albergue en la ladera,  
lejos de todo extraño señorío...  
• Arriba, un cielo azul de primavera,  
abajo la hondonada y el planio.

Una dulce y amante compañera,  
un mastín obediente, un claro río;  
poco tal vez para quien más quisiera,  
muy poco aca-o, pero todo es mío.

Ya que en mi sencillez nada te imploro  
de cuanto en otro tiempo te implorara,  
ni fácil triunfo, ni laurel sonoro,

dame, Señor, por único tesoro,  
la fe que el corazón me traspasara  
cual un puñal finísimo de oro.

Los versos de Seravile poseen, en grado sumo, las dos cualidades que caracterizan las producciones de todo gran poeta: la sinceridad y la emoción. Por un supremo refinamiento, el arte con que fueron escritos está en ellos oculto y nunca los recursos de esa literatura convencional que tanta repulsa inspiraba al pobre Lelían, vienen a recordarle a su lector que se halla en presencia de una mera ficción poética, radiosamente bella, es cierto, pero ficción, al fin y al cabo. Se diría que la emoción va del alma que la irradia al alma que la recibe sin necesidad del vehículo del verso, y que las palabras, las vanas palabras, tantas veces deficientes o embusteras, están allí demás. Escuchad como ejemplo un soneto en que el poeta evoca la imagen de la rapaza de locas melenas y de ojos luminosos a quien amó, con el ingenuo fervor del primer cariño, en la paz de la vida provinciana, y a quien, pasados los años, vuelve a hallar entre el torbellino de pasiones de la ciudad, vestida de seda y con la sonrisa piutada de niño:

Al través de los años la adivino  
aún en las risueñas alquerías,  
donde al atardecer, todos los días,  
me esperaba en la huerta del vecino.

Se la llevó después el torbellino  
de las ciudades locas y sombrías,  
conoció las mejores alegrías,  
vistió de seda y se embriagó con vino.

Ya mi convulso labio no la nombra:  
su pálido recuerdo entre mi sombra  
tiene fulgores de tejana estrella;

acaso en amorosas languideces  
yo la he besado luego muchas veces  
y no he querido imaginar que es ella!

La obra de Seravile es breve, como la de todos los artistas conscientes de su propia dignidad y sabedores de que el arte no se realiza por adición sino por sustracción. Sus versos, de una diamantina unidad de estilo, podrían caber en una exigua *plaquelette*. ¿Qué importa? Ellos hacen pensar en aquel maravilloso traje de parada de que nos habla un cuento azul. Tejido por las manos de las hadas para ataviar a una princesa en el día de sus bodas, la cola solamente era tan grande que fueron menester diez pajes para llevarla. Y, sin embargo, toda aquella nube de gasas impalpables y encajes

aéreos, cabía cómodamente... entre una cáscara de nuez!

Después de Seravile, os hablaré del que le disputa el cetro de la joven poesía en Colombia: de Miguel Rasch Isla. Nacido en nuestro litoral atlántico, se diría que en sus versos hay como un eco de las canciones con que arrullaron su cuna las sirenas de cabellos coronados de algas y de cola esmeraldina que habitan los maravillosos alcázares submarinos. Descendiente por línea paterna, como lo indica su primer apellido, de una familia germana, la claridad y la truda precisión latinas están atemperadas en su obra artística por esa como bruma ligera, hecha de ensueño y melancolía, que flota entre los tilos del Rin, sobre el blanco espejo de las ondas embrujadas por el canto de Loreley. Hecha esta salvedad, Rasch Isla es, intelectualmente hablando, de la noble estirpe de los clásicos españoles del Siglo de Oro, a los cuales rinde culto fervoroso. Su verso, alinado y pulcro, se mantiene siempre dentro de las formas de la métrica tradicional, pero esa sumisión no entraba el vuelo de su inspiración ni les resta a sus cantos la flexibilidad y la frescura matinal que los peculiarizan. Su ejemplo es una prueba de que el verso clásico, el único lógico y viable, es apto para plegarse a las más complejas sinuosidades de la idea y del sentimiento modernos. ¿Y cómo podría ser de otra manera si ese verso les bastó para expresarse a Lope y a Calderón, a Garcilaso y a Quevedo, a Fray Luis de León y a la divina Doctora Avileña?

Rasch Isla realiza el tipo del poeta, del poeta a secas, sin adjetivos, para quien el canto es una necesidad orgánica, un instinto profundo, casi diría una función natural, como lo es el vuelo para el ave. Sentir y decir en versos hermosos lo que siente, no son para él cosas distintas. Creerle que, desde el instante en que nace en su alma, la emoción toma ya forma musical e irrumpe a sus labios con la espontaneidad de una fuente subterránea que halla súbita salida. De ahí que sus trovas tengan una extraordinaria potencia de emotividad y le hablen a nuestro espíritu con voz tan elocuente y profunda. Muchas veces, leyéndolas, me he dicho a mí mismo: «Pero si esto lo he sentido, lo he pensado yo; sólo que no supe, que no pude expresarlo...» Y me he puesto a cavilar (vais a sonreír de mí paradoja, si bien tengo para mí que ella encierra el mayor elogio que se le pueda hacer a un artista) me he puesto a cavilar, digo, que mis mejores versos se hallan en el florilegio de Rasch Isla. Sólo que yo, pobre coplero, no los pude asir cuando revóltoteaban en mi mente en ronda musical, con sus alas de prodigioso tornasol, en tanto que el poeta supo aprisionarlos en su red de oro. ¿Mas qué importa? Creada la belleza, la personalidad del creador es cosa secundaria. Lo importante es que nuestra literatura posea en sus arcones llenos de pedrerías, gemas como los sonetos que os voy a decir:

#### LA ESPERADA

Buscando sin cesar a la elegida,  
gasté los dulces días abrilanos,

vertí mi sangre y dispersé mis sueños  
en todos los caminos de la vida.

Y no la hallé. Tal vez inadvertida  
pasó a mi afán, o acaso en mis empeños  
yo la buscaba aquí y en más risueños  
mundos estaba para mí escondida.

Llegó el invierno ya con sus rigores,  
y en la ruta, cansado de esperarla,  
estoy viendo nevar en mis amores.

Quizás la encuentre al fin, en una bella  
tarde azul, cuando vayan a enterrarla,  
y siga sin saber pensando en ella.

#### INVERNAL

Mientras la lluvia rítmica golpea  
en mi ventana con tenaz porfía,  
en un confin de la memoria mía  
con vacilante luz brilla una idea.

Es tu recuerdo que en la tarde fría,  
en que una gran nostalgia me rodea,  
viene a mi corazón con la tardía  
bondad de lo que ya no se desea.

Sumida blandamente en la brumosa  
paz invernal, el alma pesarosa  
halla en la lluvia arrobador encanto.

Pues la tarde, que en lágrimas naufraga,  
rima con nuestro amor, que ya se apaga,  
como un turbio crepúsculo de llanto.

Para dar una idea lo más completa posible de la inspiración de Rasch Isla, además de los sonetos que acabáis de oír y que son brotes de un alma de poeta que acaso tiene una visión pesimista de la vida y de los hombres, pero que halló en el dolor una luminosa y sana serenidad, quisiera recitaros el *Nocturno agorero*, poesía que parece haber sido escrita bajo la influencia de un Hoffman, de un Poe, de un Rollinat, los visionarios cantores de los morbos y la neurosis; las obsesiones sepulcrales y las visiones macabras. Allí ya no se hallan esos claros horizontes azules, ni aquellos frescos paisajes de árboles y de aguas corrientes—evocados con un profundo sentido de la naturaleza—que suelen dilatar sus perspectivas en los versos de Rasch Isla. La decoración cambia y se llena de tinieblas de hollín, de tinieblas de mal augurio, casi palpables, y en esa atmósfera de alucinación y de espanto flota como un hálito frío que viene de la región de las sombras, del mundo del misterio y de las fantasmas, de la ciudad de las tumbas, esa ciudad de donde a veces, a modo de larvas medrosas, se escapan los muertos a visitar a los vivos y a musitarles al oído, entre el horror de las noches de pesadilla, misteriosas confidencias con sus bocas en descomposición. Como en ese escalofriante soneto de Rollinat que se llama *La biblioteca*, hay allí un reloj espectral que da trece campanadas en el silencio fatídico. Se necesitaría acudir a los clásicos del espanto y del miedo, para hallar más intensamente expresado el horror de esos mensajes que nos llegan a veces desde las insosondables sombras del pozo de la muerte, ese

pozo de cuyas profundidades no ha subido nunca hasta el oído avizor del hombre, inclinado en sus orillas, el ruido de una caída!

Por una antinomia que no deja de ser rara, hay en la inspiración de Raesh Isla dos fases diferentes, como en la máscara de la tragedia antigua: la que ríe y la que llora. No pocas veces, la musa retozona de Quevedo se ha colado en la alcoba del poeta y le ha susurrado al oído rimas de inimitable donosura y gracia cómicas. No ha mucho tiempo, aparecieron en algún periódico capitolino, firmados con un seudónimo cervantesco, varios sonetos en que se ponía en solfa a los más conocidos figurantes de nuestro sainete político. Si los versos hubieran sido malos, al día siguiente de su publicación nadie habría recordado la broma, pero eran buenos, más que buenos, admirables, y de un corte clásico perfecto. El escándalo fue inaudito. Las gentes se abordaban en la calle para averiguarse el nombre del malévolo sonetista. Algunas personas, para darse humos de bien informadas, pronunciaron nombres: Seravile... Céspedes... Villafañe. Otras

personas citaban a garrapateadores cuyas producciones anteriores abonaban su absoluta inocencia. Mientras que el público se devanaba así los sesos para hallar la clave del enigma, Rasch Isla, autor de los sonetos, mentía candor angelical, lo cual no era óbice para que, llegada la noche, se encerrase en su aposento y allí, sentado ante una máquina de escribir, aumentase, burla burlando y sólo por escarceo lírico, la serie de los malhadados sonetos. Huelga decir que aquellas sátiras no tenían hiel y que Rasch Isla tan solo tuvo en cuenta al rimarlas la divisa que le dió a la comedia el viejo Santeul: *Castigal ridendo mores*. Nada más.

EDUARDO CASTILLO

Cumplimos nuestra promesa con los lectores, dándoles la primera parte de la conferencia sobre los poetas jóvenes de Colombia que dictó con tanto éxito el poeta Castillo en la culta ciudad bogotana.—Sucesivamente publicaremos las demás partes.

## Homenaje al Dr. don José María Castro

*Sesión de Directiva del Ateneo de Costa Rica, celebrada a las cuatro de la tarde del tres de junio de mil novecientos dieciocho, bajo la Presidencia del Licenciado Alvarado Quirós y con la asistencia de Justo A. Facio, Carlos Orozco Castro, Luis Castro Saborío, César Nieto y del infrascrito Secretario.*

### I

A iniciativa del presidente honorario don Justo A. Facio, se acuerda, por unanimidad, celebrar el centenario del doctor don José María Castro Madriz, que será el primero de setiembre entrante. Los presentes hacen elogio del hombre ilustre que impulsó tan fervorosamente el país y que fué el fundador de la República. Se acuerda con este motivo escribir al Colegio de Abogados, invitándole para que se asocie a este homenaje y nombre una comisión al respecto. Posteriormente se nombrará, por parte del Ateneo, la comisión organizadora que ha de dirigir esta fiesta en loor a uno de los más altos hombres de Costa Rica.

### II

El Secretario informa de la correspondencia recibida, entre la que hay dos comunicaciones de mayor importancia: la contestación del doctor Durán al conferimiento de su credencial de Miembro Honorario del Ateneo y la solicitud del poeta brasilero don Augusto de Azevedo Lux para ingresar como miembro correspondiente del Ateneo.

### III

Se acuerda mandar publicar la contestación del doctor Durán en la revista órgano del Ateneo y dirigir una nota a la Legación del Brasil en Costa Rica, a fin de informarle acerca de la petición del señor Azevedo, que será resuelta oportunamente.

### IV

Se lee el oficio en que el compañero don Alcego Hazera participa su viaje a Nueva York y, desde luego, su separación del cargo de Tesorero del Ateneo. Se resuelve por unanimidad, escribir al señor Hazera dándole las gracias por su eficaz colaboración y hacerle presente el voto de simpatía que tiene la Directiva para el esforzado compañero. Se nombra para reemplazar al señor Hazera al Licenciado don Luis Castro Saborío.

### V

Se autoriza al señor Presidente Alvarado Quirós para editar un folleto relativo al homenaje que el cuerpo médico de Nicaragua acordó al doctor Durán y que se llevó a cabo en la velada del veintiuno último. El

folleto contendrá los varios discursos leídos o improvisados esa noche y además una crónica de esa hermosa fiesta de fraternidad y de cultura. Se acuerda disponer de algunos ejemplares del folleto para el exterior y el resto darlo como prima de la revista ATHENEA.

A las cuatro y cincuenta se levanta la sesión.

ALEJANDRO ALVARADO Q.,  
Presidente.

ROGELIO SOTELA,  
Secretario.

## La nota al Colegio de Abogados

*Señor Secretario*

*del Colegio de Abogados de Costa Rica.*

Señor:

El 1.º de setiembre de este año será para Costa Rica una fecha memorable, la fecha en que se cumple el primer centenario del nacimiento del doctor don José María Castro Madriz.

El doctor Castro representó tres épocas de nuestra historia. Había conocido a los patriarcas que actuaron en la independencia de la Madre España y conservó siempre su noble sencillez, figuró entre los costarricenses que cimentaron la República después de la epopeya nacional y un gran espíritu de progreso lo caracterizó en todos sus actos como hombre público, y adelantándose a su tiempo, tuvo para las nuevas generaciones el mérito de ser el fundador de la Universidad y el patrocinador entusiasta de la enseñanza popular.

Por sus mensajes, por sus discursos, por sus atinadas gestiones en favor de la cultura liberal, el doctor Castro nos pertenece; pero no puede olvidarse que ante todo fué hombre de ley y que este nombre es uno de los que enaltecen el Catálogo de Abogados de Costa Rica.

El Ateneo de Costa Rica toma la iniciativa de celebrar el 1.º de setiembre próximo el centenario del insigne prócer y la Directiva invita desde luego a la Junta de Gobierno de esa ilustrada Corporación para que se asocie a los cívicos festejos que se propone realizar, suplicando, que si la idea es acogida, se sirva nombrar una comisión que con los representantes del Ateneo, tenga facultades para organizar todo lo conducente al objeto indicado.

Apr. vechamos la ocasión para reiterarnos de Ud. muy attos. servidores,

ALEJANDRO ALVARADO Q.,  
Presidente.

ROGELIO SOTELA,  
Secretario.

## Contestación

### del Colegio de Abogados

San José, 5 de junio de 1918

*Señores Presidente y Secretario*

*del Ateneo de Costa Rica.*

P.

Señores;

He dado cuenta oportunamente a la Junta Directiva del Colegio de Abogados del oficio por medio del cual se sirven ustedes comunicar a la Corporación que el Ateneo toma la iniciativa de celebrar el primero de setiembre próximo el centenario del nacimiento del ilustre prócer costarricense doctor don José María Castro Madriz, cuyo nombre, como allí se expresa, es uno de los primeros que enaltecen el Catálogo de bogados de nuestro país.

La Junta de Gobierno del Colegio acepta con todo agrado la atenta invitación que la Directiva del Ateneo, por el digno medio de ustedes, se ha servido dirigirle para que se asocie a los festejos cívicos que se propone realizar.—Así lo acordó en su sesión de ayer, y dispuso nombrar una comisión compuesta de los señores Licenciados don Pedro Pérez Zeledón y don Carlos María Jiménez para que con los representantes del Ateneo organicen los aludidos festejos.

Soy de ustedes con toda consideración muy atento servidor,

ARTURO SAENZ,  
Secretario.

El Ateneo, por su parte, nombró su comisión integrada por don Justo A. Facio, el Licdo. don Manuel Sáenz Cordero y el Licdo. don Alejandro Alvarado Quirós.

## Contestación del Dr. Durán

San José, 25 de mayo de 1918

*Señores don Alejandro Alvarado*

*y don Rogelio Sotela,*

*Presidente y Secretario del Ateneo de Costa Rica.*

*Ciudad.*

Señores:

He recibido su atenta nota en que me anuncian que en Asamblea General del Ateneo se me nombró Miembro Honorario de esa Corporación. Tal nombramiento me honra altamente y me complace en pertenecer a un centro literario de la importancia del Ateneo, que procura mantener vivo en nuestro país el amor al estudio y estimular por los medios posibles, la producción literaria nacional.

Pueden ustedes estar seguros de que en mi humilde esfera procuraré hacerme digno del nombramiento que se me ha hecho.

Con toda consideración, soy de Uds. muy atto. y S. S.,

CARLOS DURAN